

Introducción

Hay quien ha visto en la pantalla del *iPhone* la representación de nuestro tiempo: esa capacidad de ponerlo todo patas arriba con sólo acercar la yema del dedo más pequeño. Se habla, incluso, del cruce de fronteras históricas; de que atravesamos tiempos de mutaciones tan decisivas como las que vieron Gutenberg o Colón. Un orden nuevo, dicen, emerge de la depresión económica sostenida, de la decadencia del dólar, de la desintegración de la Unión Europea, de las revueltas en el mundo árabe, del descrédito de los bancos nacionales, del de los políticos, de la carrera armamentística en Asia o de la inoperancia de la ONU.

En medio de tanta mudanza, la mayoría de la humanidad sigue fiel a causas verdaderamente antiguas. El fútbol y la patria, sin ir más lejos.

Hace varios años que la atención de los españoles se ha vuelto hacia su selección de fútbol. Ante ella palidecen, en relevancia, la quiebra económica, el euro, la prima de riesgo y esos mercados que parecen seres animados. Todos contemplan, al inicio de los partidos de cada campeonato, a jugadores de varios equipos formando con gesto grave y casi marcial ante una bandera, las cámaras de televisión recorriendo en solemne movimiento los rostros serios de esos deportistas y sus labios que musitan letras de himnos patrióticos, e imágenes de lentos fundidos de los colores nacionales con el azul del cielo.

Pocas veces nos hemos parado a pensar en lo artificial de tales escenas; del traslado del protocolo y la parafernalia de la política, con la presencia frecuente de jefes de Estado y de Gobierno, a un lugar en el cual va a dar comienzo un juego y donde se exhiben jóvenes ataviados con atuendos que podrían parecer ridículos para lo trascendente de la ceremonia.

La patria sobre el césped. Como dijo el polifacético y futbolero Albert Camus, «patria es la selección nacional de fútbol», lo que, bien mirado, no está muy lejos de la noción de patria de Antonio Cánovas del Castillo: «La conciencia que cada nación posee de sí misma». «...al verse dentro de un estadio», se podría añadir.

A nadie le resulta extraño. Pero lo es. Mucho más si esos jugadores defienden los colores de España, patria cuya bandera e himno sin letra han sido símbolos de

unión cuestionados por una parte no menor de la sociedad en todo tipo de sedes y ceremonias y ante toda clase de altos dignatarios.

Fútbol y nacionalismo están muy próximos. Los dirigentes políticos lo saben. Los aficionados, que se entregan con pasión a ambas cosas, tal vez no tanto. Se trata de dos fenómenos que han ido creciendo paralelos en el tiempo; que arraigan en el mismo momento en que se consolidan las sociedades industriales y que, de alguna manera y cada vez más, se dirigen al mismo público objetivo. La representación sobre el campo asume los valores más trascendentales de la comunidad nacional y esa comunidad imaginada se vuelve real encarnada en los actores del juego de balón.

En España, donde los nacionalismos están muy presentes, no existe realmente un problema nacionalista en la sociedad. No en el sentido de comunidades étnicas de imposible convivencia, como sucedió, por ejemplo, en la antigua Yugoslavia. Pero sí existe un problema nacionalista entre las élites políticas, que se reparten poder, influencia y recursos. Lo que se dice y sucede en los parlamentos no es lo mismo que lo que se dice y sucede en la calle. Cada vez lo es menos. Por eso un vehículo tan popular como el fútbol es una herramienta muy eficaz para que todos los nacionalismos que en España son procuren atraérselo e incluso utilizarlo para transportar sus intereses a la calle; para que sirva de puente por el cual desfilen las patrias o sus demandas hasta los votantes.

Este libro se pregunta por tales asuntos. Y lo hace con más curiosidad por iniciarse en un lugar, España, y concluir en un momento, las primeras décadas del siglo XXI, en que el encuentro de fútbol y nación se hace desde la desigualdad: el fútbol alcanza grandes cotas de popularidad y relevancia social, su aceptación es casi unánime, pero la nación y la patria a las que teóricamente ha de representar debaten sin cesar su forma, sus límites, sus ciudadanos, su organización y, por resumir, su futuro, en un momento de máxima debilidad a causa de la crisis económica. A pesar de ello, el fútbol las representa con un acuerdo pocas veces cosechado.

Las tensiones de los nacionalismos españoles tiran, en lo político, en sentidos contrarios. La crisis ha empobrecido las economías pero también las ideas. A falta de otras, la independencia es una causa que puede generar ilusión en algunos territorios y tapar ciertas vergüenzas. Existe una lucha ideológica entre quienes se consideran en pie de igualdad en el concepto de nación, con o sin Estado, y quienes sólo reconocen la existencia como nación precisamente del Estado-nación: España.

Por su importancia social y por su capacidad especular, el fútbol no se ha mantenido ajeno a este fenómeno. Antes al contrario, ha ido devolviendo, en los even-

tos más diversos, esa imagen de tensión y de crispación. Algunos clubes se han convertido en símbolos de naciones que no siempre son España. También se ha empleado el balompié, de diversas formas, como un elemento más para dar cohesión al imaginario nacional, unido a veces y en ocasiones sustituyendo a los tradicionales pilares de tal edificio: territorio, lengua, cultura, Monarquía, etcétera.

Como ha escrito John Carlin al hablar de la idiosincrasia española, «en España hay una fluidez de tránsito entre el tribalismo futbolero y el tribalismo político que no existe en ningún otro país del mundo».

El fútbol ha caminado, como la sociedad española, recogiendo la herencia de una nación construida a base de historia y lazos simbólicos en el siglo XIX, hasta dar expresión y visibilidad a viejos enfrentamientos nacidos con el siglo XX, atenuados durante la Segunda República, aplazados durante el franquismo y encauzados, a partir del artificial pacto de la Transición, en el Estado de las Autonomías. La historia de España, como ha escrito John Elliott, «parece consistir en un conflicto sin fin entre la diversidad inherente del país y una presión insistente desde el centro por la unidad».

Hasta el siglo XXI han viajado los problemas sin resolver, a la vez que el fútbol nacía en la Inglaterra decimonónica, crecía en importancia y seguimiento y se expandía a todo el mundo a través del imperio comercial y militar británico. Lo mismo iba ocurriendo en España. Aquí, el fútbol ha llegado a ser un verdadero centro de interés de la sociedad y, por lo tanto, un lugar en el que dejar constancia de sus eternos problemas y de sus mayores preocupaciones; entre ellas, el nacionalismo.

Siendo el fútbol interés de todos y asunto nacional, sin embargo no se encontró un equipo con el que identificar a todos los españoles. La selección nacional, destino natural de ese sentimiento, salvo en momentos concretos, dispersos, lejanos y hasta casuales, no fue un equipo ganador, con lo que, pese a la propaganda, especialmente durante el franquismo, la empresa se tornaba más difícil. No hubo un equipo español capaz de encauzar las energías nacionalistas por la misma acequia. Ese espacio lo ocuparon otros conjuntos, clubes de determinados territorios que sí se hicieron portavoces de los valores de esos lugares, no pocas veces para negar a España.

Este relato pretende reflexionar acerca del imbricamiento de política, sociedad y deporte a la vez que describir la última centuria de la historia de España, un concentrado necesario para explicar nuestro presente, deshacer leyendas y, sobre todo, integrar al fútbol en el discurso de las naciones hispanas y sus voceros.

Atendiendo a ese discurso, una cosa pareció estar absolutamente clara a lo largo de todo el siglo XX: si el fútbol podía apuntalar, propagar e incluso crear una

patria, el fútbol español era una patria imposible. Sin embargo llegó el siglo XXI y, cuando la tensión nacionalista más crecía, cuando mayor era el desencuentro entre centro y periferia, cuando el descrédito de las instituciones y la política empezó a generalizarse, cuando la crisis económica se hizo irreversible, algo cambió. Se produjo un vuelco histórico: el fútbol y la idea de España se dieron al fin la mano. Las calles se llenaron de banderas nunca izadas y de un entusiasmo patriótico hasta entonces desconocido. Se diría que en una España discutidora, problemática y hasta camorrista, el único factor común, la única cosa sobre la cual había acuerdo, la única patria, era el fútbol.

Lo resumió en una frase Manuel Marín, expresidente del Congreso de los Diputados español: «En España no existe un sentimiento de autoestima colectiva, excepto cuando Iniesta mete un gol». Son unas palabras pronunciadas en la radio el 16 de junio de 2012, al día siguiente de que la selección española diese un recital de juego venciendo por cuatro goles a cero a la República de Irlanda; pero también una semana después de que España, un Estado con su soberanía mermada por la crisis, solicitase un rescate financiero de 100 000 millones de euros para sus bancos, y el mismo día en que el Fondo Monetario Internacional amenazaba de muerte al euro si en tres meses no se llegaba a un arreglo, y reclamaba a una España desangrada por los recortes una mayor rebaja de los salarios y nuevas subidas de impuestos.

El sistema político urdido por la Transición daba muestras de agotamiento. Había criado un par de generaciones de políticos profesionales que sólo rendían cuentas ante sus propios partidos, atrincherados en un sistema proporcional de listas cerradas. El otro pilar del entramado, el Estado de las Autonomías, fue mucho más allá de lo imaginado por los padres de la Constitución de 1978. No logró sintetizar las dos Españas; antes bien, lo que hizo fue sumar las aspiraciones de ambas en un comprometido equilibrio que duró tres décadas y crear poderes territoriales imposibles de controlar por los grandes partidos nacionales. En esa situación llegó la crisis económica y los políticos esquivaron su responsabilidad, dando la explicación de un mal inevitable que imponía, desde el exterior, terribles mermas al estado de bienestar.

La única España próspera y hasta victoriosa, la única que contaba en el panorama internacional, estaba en los campos de fútbol.

Este trabajo reflexiona sobre tales asuntos desde una perspectiva histórica y sociológica. Se ha elaborado combinando tres análisis: el de la historia del fútbol, el de la construcción de la identidad nacional española y el del progreso de la sociedad de consumo de masas. Todos confluyen de manera singular a principios del siglo XXI, cuando la economía y los referentes de la nación tradicional (Estado,

enseñanza, religión, política...) entran en cuestión o son sustituidos por otros ídolos erigidos con el barro de los medios de comunicación, a la vez que se cuestionan los pilares del Estado surgido de la Transición, mientras España alcanza el cénit de euforia futbolístico-patriótica.

Agarrados a ese hilo conductor, iremos desgranando momentos clave del período contemporáneo. El balón ha ido rodando por todos ellos y con todos ha tenido algo que ver hasta llegar a tan extraño final. Se diría que asistimos a una obra de misterio en la cual el libreto anunciara un desenlace distinto. El espectador, como si se le hubiesen escamoteado los datos principales, se ha visto sorprendido por la conclusión. Esta imaginaria obra cuenta, además, con otra singularidad: si tuviese autor, la sorpresa lo habría alcanzado también a él.

Éste no es, en fin, un libro sobre historia del deporte; no lo es en exclusiva. Es un recorrido a través de la historia del fútbol español y de la idea de España, una idea a la cual un fútbol victorioso ha suministrado oxígeno en el peor de los momentos. La confluencia de la historia reciente de España y la del fútbol puede explicar aspectos del debate nacionalista presente y futuro: el de la patria como sentimiento, el de la nación como su encarnación y el del Estado como su organización. Al fondo, la crisis económica asoma igual en 1898 que en 2008.

La reconstrucción de este universo sólo se ha conseguido dando papel a un dispar elenco de actores que se agitan en una representación de varietés preparando la apoteosis final de la *vedette*. De Alfonso XIII a Andrés Iniesta, de Pichichi a ETA, de Zamora a Zapatero, de la FIFA a Belén Esteban, de las islas británicas a Sudáfrica, del *Chiki chiki* al *tiqui-taca*, de la radio del vecino a las celebraciones callejeras, del «españoles todos» al derecho a decidir, del saludo romano a *La Roja*.

De una patria imposible a una que, tal vez, sea posible, imaginada, jaleada y sostenida por el más extraño, voluble y visceral de los territorios: el planeta del fútbol.

Juan Carlos De la Madrid, en el otoño de 2013